

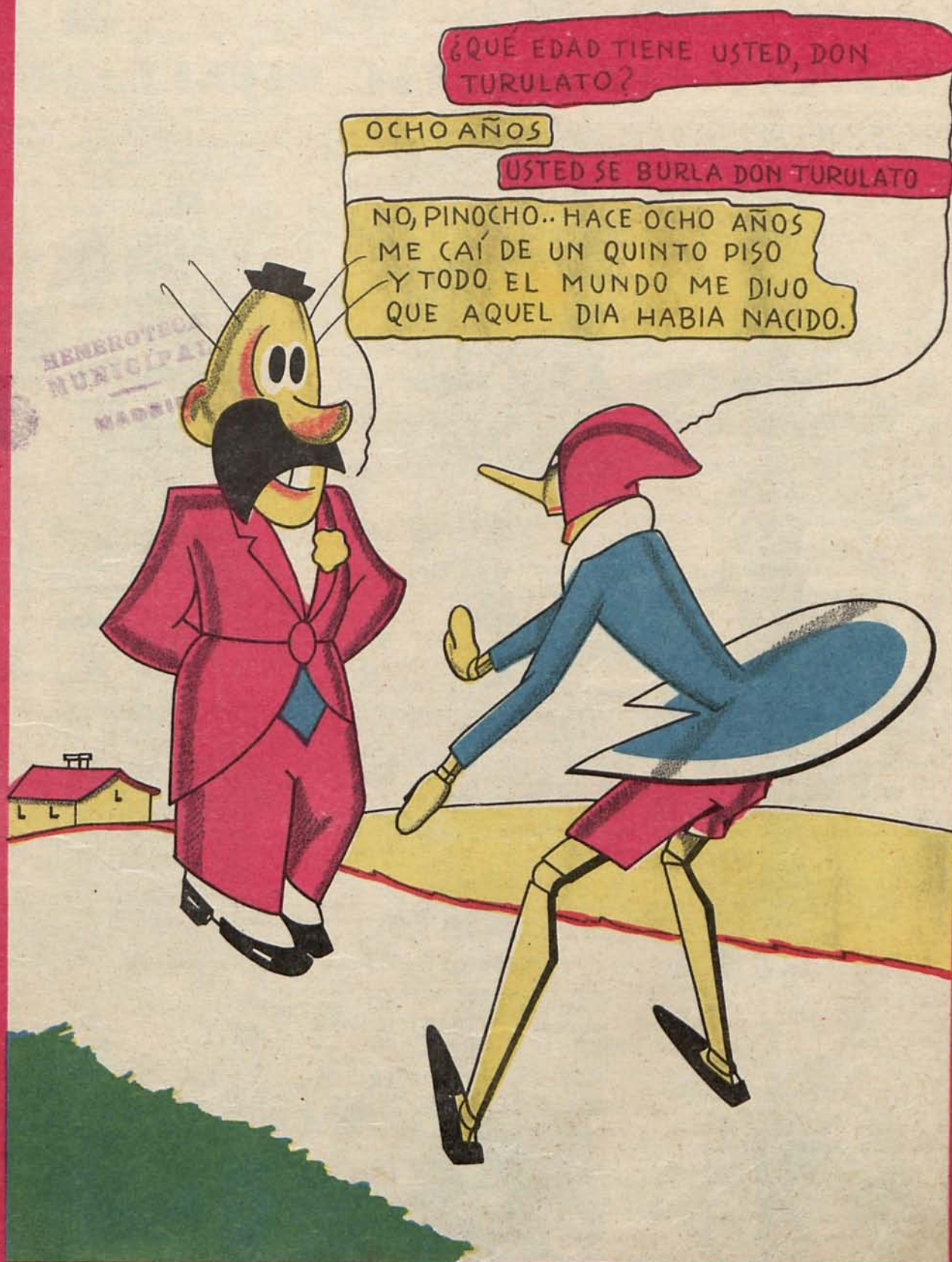
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO III
NUM 107

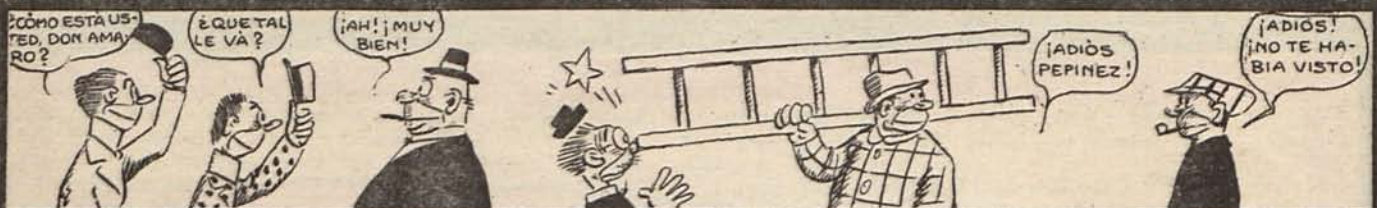
40 Cents.

6 MARZO
1927



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO



PROGRAMA
PARA HOY

EL
LOBO
AZUL

Sensacional

GRAN CINE



Un tiro en la noche.



El viento silbaba en la selva azotando la cabaña, sólidamente construida con troncos; caía la nieve en cegadora nube de copos y el frío intenso mantenía el termómetro a 14 grados bajo cero.

Dentro de la cabaña, un muchacho inglés, pequeño y rechoncho, exclamó:

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Vaya una noche de ventisca que vamos a tener!

Su compañero Dick, otro muchacho inglés, también alto y de buena figura, levantóse de junto al fogón después de haber hecho un buen fuego de leños.

—¡Tienes razón, Dan! ¡Y gracias que hemos tenido la buena ocurrencia de volver a pasar aquí la noche, que si seguimos caminando, hubiéramos tenido una mala jornada.

En aquel momento abrióse la puerta de golpe con una ráfaga de viento; entró por ella una oleada de nieve y la lámpara casi se apagó.

—¡Hola, amigos! ¡Vaya una nochecita para ir a icebegg! —gritó una voz estentórea— a la vez que entraba en la cabaña un negro corpulento, de rostro jovial, y embutido en pieles.

—¡Entra pronto, negrito del demonio! —gritóle Dan yendo hacia la puerta; pero requirió toda la fuerza de sus brazos para poder cerrarla contra el empuje del viento; luego echó también el barrote.

Darkie se sacudió la nieve de las pieles, exclamando:

—¡Mirad la escarcha negra que hay debajo de la nieve!

—¿Cómo es la escarcha negra? ¡Siempre se aprende algo!

—repuso Dick, riéndose.

—¡Pues un negro helado como lo está este niño, cada trocito de mi sér es un pedazo de escarcha —y se quitó los gruesos guantes de piel para calentarse las manos delante del fuego—. Cuando nos marchemos de aquí iremos a un sitio donde caigan copos de carbón ardiendo; la verdad es que no os perdonaré nunca que me hayais arrastrado hasta este norte helado.

—¡Déjate ya de gruñir! —dijo Dan—. Tú tenías tantas ganas como nosotros de venir a cazar. Si tenemos suerte podemos hacer un negocio decente, porque ya sabéis que hay mucha demanda de pieles. Pero lo que debíamos hacer es buscar algún lince, que es lo que vale dinero.

Darkie abrió sus ojazos saltones.

—¿Cómo?... ¿de oro engarzado en diamantes?

Dick se rió entre dientes de la pregunta del negro y Dan contestó burlándose:

—¿Qué estás ahí diciendo, hombre? ¡Vete al diablo, que me aburres con tu ignorancia!

El negro guiñó un ojo a Dick y se dispuso a preparar la cena, y un aroma exquisito de café caliente y

tocino asado se esparció por la cabaña; en seguida sentáronse a la mesa ante un plato apilado de judías y tocino.

—¡Animo, Dan! ¡Alegra esos ojos, mi niño.

Y enseñando una dentadura blanquísima al reirse, Darkie levantó hasta los labios una taza de café caliente.

Dick y Dan saltaron de su asiento alarmados al oír un destroz de cristales en la ventana y una bala que deshacía en pedazos la cafetera, derramando el café por encima de la mesa. Darkie contempló el asa de la cafetera, que fué lo único que quedó de ella, con una expresión verdaderamente cómica mezcla de alarma y de asombro en su oscuro rostro.

—¡Caracoles! ¿Quién ha hecho esto?

—Una bala —afirmó Dick—; quitate de enfrente de la ventana por si viene otra.

A través del agujero hecho en el cristal, el viento silbaba ruidosamente, haciendo oscilar la luz.

Los tres compañeros alejaronse de junto a la ventana en espera de algo más que no sabían lo que iba a ser.

Darkie fué el primero que se movió.

—Sea de una bala o no, voy a tapar ese agujero; hay demasiada corriente aquí para este niño... y además se está enfriando la cena.

Como lo que estaba más a mano era el gorro de piel de Dan, Darkie lo metió bien apretado en el agujero. Observábanlo con ansiedad sus dos compañeros temiendo que disparasen otro tiro.

Dick sacó la bala con el cortaplumas, que estaba incrustada entre los leños que formaban la pared de la cabaña.

—¡Es una bala de revólver! Y por el aspecto parece de un revólver de la policía.

Dan se volvió de repente.

—¿No creéis que la hayan disparado para distraer nuestra atención? Quizá es de alguien que ha llegado hasta aquí y no puede seguir adelante.

—Únicamente esa puede ser la explicación —dijo Dick—. Porque yo no creo que nadie que esté en sus cabales ataque esta cabaña en una noche como la de hoy. Vamos a salir fuera a ver.

Pusiéronse los tres los abrigos de piel, los guantes y los zapatos de andar por la nieve. Dick encendió la linterna hecha a prueba de tormentas y salieron entre la nieve, el hielo y el viento, que cortaba.

En medio de la tormenta aprovechó Darkie un momento de quietud para dar una voz estentórea; pero nadie respondió...

Dentro de la cabaña brillaba la luz débil y confusamente en medio de la lluvia de copos de nieve. Los tres compañeros manteníanse en línea recta con la cabeza inclinada desafiando el viento helado. No tardaron en percibir, a la luz oscilante y borrosa, la figura inanimada de un hombre medio enterrado entre la nieve. Estaba echado de lado y tenía una mano agarrada al revólver.

YA QUEDA POCO TIEMPO

Si quieres entrar en el GRAN SORTEO, apresúrate. Para entrar en el TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A LOS SUSCRITORES (Primer premio: Una magnífica bicicleta; segundo, una estupenda caja de soldados; tercero, veinte duros en dinero, y cuarenta y siete magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de abril de 1927. Más detalles, en este mismo número.



Sin vacilación alguna, Darkie recogió al que yacía en el suelo y con un poderoso impulso se lo echó al hombro; luego, con Dick a la cabeza, los tres volvieron a la cabaña.

Inmediatamente se pusieron a la tarea de hacer revivir al que acababan de rescatar de la muerte. Extendióle Darkie enfrente del fuego, y en seguida procedió a quitarle las pieles, que dejaron ver debajo el uniforme de soldado de la Real Policía Montada. Después, mientras Dan hacía otro café, Dick y Darkie le frotaron vigorosamente los pies y las manos con nieve hasta que pudieron hacerle volver la circulación. Una taza de café caliente le volvió en sí; pero estaba muy débil por efecto de la larga exposición al frío; sin embargo, miró a los tres compañeros con sus ojos hinchados y dijo:

—¿Dónde estoy?

Dick se lo explicó, apresurándose a tranquilizarle y añadiendo que estaba entre amigos.

—¡Muy agradecido por haberme traído aquí, muchachos!

—dijo con voz débil—.

Es-



to lo debo al Lobo Azul; le he seguido la pista y el zorro de él me ha hecho correr hasta dejarme las piernas inutilizadas.

Los tres compañeros echaron al policía en una cama y le abrigaron con unas cuantas mantas.

—Lo que a usted le hace falta, amigo, es dormir veinticuatro horas seguidas.

El policía asintió murmurando:

—Sí, es verdad. Pero si la ventisca cesa y conocen ustedes el camino del norte, busquen al Lobo Azul y a su cuadrilla; hay ofrecido un premio de mil dólares al que lo entregue vivo o muerto... yo ya he conseguido...

Al llegar aquí su voz se apagó, haciéndose ininteligible, y un momento después estaba sumido en un profundo sueño, producido por la horrible extenuación.

—¿Mil dólares de recompensa, eh? —comentó Darkie echando chispas por los ojos—. Eso ya merece la pena. ¿No os parece que debemos tirar algún tiro para cazar a ese animal? Además, tengo mucha gana de ver un lobo con la piel azul.

—Y yo también —agregó Dick riéndose—; indudablemente debe ser un ejemplar muy raro para valer mil dólares; y a

juzgar por la aventura del policía, es indudablemente una fiera peligrosa.

—Bueno, dejalos ahora de lobos azules y zorros encarnados y vamos a cenar —interrumpió Dan.

Sentáronse de nuevo a la mesa y esta vez consiguieron concluir la cena sin ninguna interrupción.

Entre los hielos flotantes.



ON gran sorpresa y regocijo de los tres amigos, apaciguóse la ventisca durante la noche, y a la mañana siguiente un sol rojizo asomaba por detrás de las montañas, revestidas de nieve.

El policía dormía profundamente con trazas de seguir así largo tiempo, y Dick opinó que era mejor no interrumpirle el sueño. Así pues, encendieron un hermoso fuego, desayunaron, y después de dejar preparado algún alimento para el policía, salieron bien pertrechados de skis, fusiles al hombro y cuchillos de caza a la cintura, a recorrer la inmensidad nevada.

Como el policía había insinuado que el Lobo Azul se encontraba camino del Norte, hacia esa dirección se encaminaron a través de la selva de elegantes árboles y pronto empezaron a ver los estragos causados por el temporal.

Ramas enteras habían sido desgajadas de los árboles, y muchos de ellos arrancados de raíz. Los que quedaban en pie crujían y rechinaban abrumados por el peso de su carga de nieve y hielo.

Los tres compañeros anduvieron más de una hora siguiendo el sendero de la selva hasta salir a un valle cubierto de nieve; al empezar a bajarlo, Dan cayó de cabeza por un ventisquero profundo.

—¡Jo, jo, jo! —rió Darkie, cogiendo a su compañero audazmente por las piernas para sacarlo de entre la nieve—. ¿Te has figurado que eres acaso un conejo, amiguito? ¿O es que vas a buscar lobos debajo de la nieve?

Dan tomó aliento y respiró medio ahogado, porque había tragado varios buches de nieve, además de tener las narices y los ojos cubiertos de ella.

—¡Sí, sí, ríete tú, negrito! ¡Yo no veo la gracia por ninguna parte!

—¡Perdona, mi amigo, jo, jo, jo! Pero es que me río del modo tan gracioso que has tenido de caer.

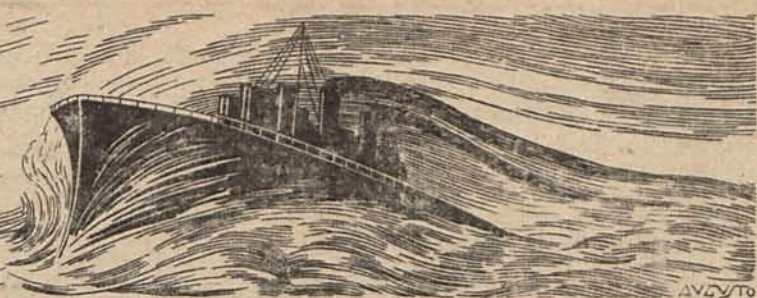
Dan miró fieramente al camarada negro, que seguía conteniendo la risa, y se sacudió la nieve de las pieles. Después continuaron su camino por la ancha ladera con ojo avizor en busca de huellas recientes de animales. Al subir por un cerro vieron a un hombre de pie junto a un grupo de cedros. Era alto; iba vestido de pieles y fumaba una pipa apoyado en el fusil.

Los tres camaradas se dirigieron sin vacilar a él.

(Continuará en el número próximo.)

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación.)

El crucero se hundiría, se iría a pique en un instante, sin que poder humano le pudiese salvar.

¿Y mis Ellen, su hija?

El capitán se puso densamente pálido, y sintió algunas gotas de sudor frío mezclarse con las gotas de agua salada que le caían del cabello.

—¡Ellen! —murmuró mordiéndose los labios por no romper en sollozos—. ¡Ellen, pobre hija mía!...

De improviso una mueca sombría le contrajo los labios.

De haber habido allí luz, seguramente hubiese iluminado su rostro, al que un atroz pensamiento daba un aire espantoso:

—Mi hija en manos de semejantes bribones... —dijo Jaime Davy rechinando los dientes—. Jamás, jamás, jamás; prefiero que muera conmigo, con toda la tripulación.

¡Ah, el cielo me vengal... No, no gritaré; no pediré socorro. ¡Que el Océano Pacífico nos trague a todos y nos sepulte en una misma tumba: víctimas y verdugos!

El infeliz, exaltado por la misma enormidad de su propósito, encontró aún la fuerza suficiente para encaramarse sobre la abertura hecha por el proyectil, y permaneció allí en silencio, como si en su decisión hubiese hallado el bálsamo necesario para mitigar su dolor y la paz para su conciencia.

Mas no habían aún transcurrido dos minutos, cuando llegó hasta él ruido de pasos precipitados y voces imperiosas o alteradas.

Púsose a escuchar y sintió algunas personas pararse por encima de su cabeza y una voz que reconoció ser la de Alberto Wendover, preguntar:

—¿Es aquí?

—Sí, aquí es —respondió otra voz—. Acercad el oído a las rendijas de la escotilla.

—Esperad...

—¿Oís?...

—Sí; un ruido...

—Como de una gran fuente.

—Es verdad.

A ver, marineros, ábrase inmediatamente esta escotilla mientras algunos avisan a los carpinteros y preparan las bombas.

El miserable ha quitado el *shot-plug*, estoy seguro.

Jaime Davy oyó la acusación y se encogió de hombros, sonriendo con pena.

—¡Canalla! —murmuró.

Al momento oyéronse unos golpes sordos; luego una luz viva penetró en la bodega, proyectada desde lo alto de la escotilla, e iluminó la superficie del agua y la sombría figura del prisionero, encaramado, en silencio, cogido al agujero por donde entraba el agua. En la escotilla apareció la cabeza de Alberto Wendover y de Mop, que miraron con ansia hacia abajo.

El nivel del agua aumentaba; por fuera el Océano se enfurecía cada vez más, lanzando sobre el barco enormes olas que barrían el puente y hacían más sensibles los bandazos y cabeceos.

El huracán era inminente.

Recorrían el horizonte fugaces relámpagos, seguidos del fragor de truenos aún lejanos, pero que iban acercándose, como disparos de artillería manejada por soldados gigantes.

De cuando en cuando caían algunas gotas de lluvia, que cada vez menudeaban más.

El crucero, sacudido por temblores y crujidos de siniestro augurio, comenzaba a fatigarse.

Su joven comandante se dio cuenta al instante del peligro y, puesto en pie de un salto, se lanzó a la escala de la batería gritando:

—¡Todos los hombres a los puestos de maniobra! ¡Mano a las bombas!

Luego añadió:

—Cuatro hombres de buena voluntad para meter otro *shot-plug*.

En pocos minutos la tripulación entera estuvo en sus puestos, y las bombas de a bordo comenzaron a aspirar el agua que había entrado en la bodega, mientras cuatro carpinteros se hacían suspender por fuera del buque a riesgo de ser aplastados contra el casco por la furia de las olas,

y hacían lo posible por introducir el tapón, en forma de cono truncado, por la abertura.

La peligrosa operación fué llevada a feliz éxito después de muchas tentativas y el nuevo *shot-plug* fué asegurado por fuera a golpes de mazo y con fuertes clavijas por dentro.

El crucero se había salvado, al menos por el momento.

—Señor —dijo Mop a Alberto, viéndole más tranquilo—, ¿qué pensais hacer de ese hombre?

—Nada.

La cara del ex ladrón expreso una duda dolorosa.

¿Nada?

Esta expresión negativa ocultaba en sí algún terrible propósito.

—Señor —volvió a decir el joven con una afectuosa insistencia—, ignoro vuestros designios y respeto vuestro derecho de vengaros.

Sin embargo, os ruego consideréis que si Jaime Davy fué culpable respecto de vos una vez, pudiera no serlo la segunda.

—¿Qué queréis decir?

—Que pudiera no haber quitado el *shot-plug*.

—Os engañais, Mop; yo estoy seguro de que ha sido él.

—¿Pero con qué fin, con qué medios?

—¿Con qué fin, con qué medios? —rugió—. Preguntadle a él cómo y por que se atrevió a deshonorarme echándome en el fango; preguntadle si le ha sido difícil encontrar medio con que llegar a su fin.

Ah, señor Mop, os permitis mostrarnos piadoso cuando yo no quiero tener misericordia.

Por desgracia, quien tiene autoridad aquí soy yo, y por segunda vez os prohibo defender la causa de ese hombre; recordad que conozco su culpa por medio de vos.

—Pues precisamente por eso es por lo que quiero evitar un exceso de justicia.

Jaime Davy ha sido ya castigado suficientemente.

—¿Lo creéis así?

—Firmemente.

—Pues bien, ha de morir.

—Sea; mas ¿de qué modo?

—¿Qué os importa?

—Vais a disponer una cosa inf...

—Callad.

—Jaime Davy está aún en la bodega y queréis que permanezca allí encerrado... para siempre.

Decid, ¿no es así?

—Así es —respondió con frialdad Alberto—, y ya basta de tal asunto.

Mop se retorció las manos y palideció.

—¿Le dejaréis morir de hambre? —dijo temblando.

—Veo que sois muy inteligente...

—Pero yo no quiero —gritó el ex ladrón sin dejar el tono irónico de Alberto—; yo sé qué cosa es el hambre...

—¿Quién osa pronunciar aquí, en mi presencia, la palabra *quiero*? —dijo con amenazadora calma el comandante.

Mop inclinó la cabeza confuso.

En aquel instante una voz débil, dulce y suplicante, llamó desde lugar lejano:

—¡Padre mío... padre mío!...

—¿Oís? —gritó el ex ladrón agarrando por un brazo a Alberto e indicándole la dirección de donde venía la voz—.

Es miss Ellen, su hija... Oh, tened piedad de un inocente.

El comandante quedó como petrificado, lívido.

De pronto cogió la mano de su compañero y se la estrechó nerviosamente.

—Gracias, Mop —murmuró—; me librais de cometer una inútil crueldad, indigna de mí.

Corred, devolved a miss Ellen su padre; mañana, si el Océano respeta nuestras vidas, un juicio de Dios decidirá la suerte de Alberto Wendover y de Jaime Davy.

El ex ladrón dió un grito de alegría y, sin detenerse a pensar en el significado de las últimas palabras del comandante del crucero, se lanzó hacia la escotilla del departamento inundado, bajando a él precipitadamente.

El tunante se sentía feliz cumpliendo tan buena acción.

Alberto subió sobre cubierta sombrío e iracundo; tenía reseca la garganta y la frente le abrasaba. Su aparición fué saludada por el tremendo estallido de un trueno y parecía

como si se sacudiese un mundo suscitando un incendio momentáneo.

Desatóse el huracán con indescriptible intensidad; el viento hacía grandes remolinos, arrebatando consigo enormes chubascos y levantaba del mar verdaderas columnas de agua que, al momento, se desplomaban sobre el barco o se estrellaban contra sus flancos.

Alberto experimentaba un raro placer al sentirse azotar por aquella ira inmensa de los elementos, la cual respondía perfectamente a su estado de ánimo trastornado por las pasiones y fijaba su vista en el mar y en el cielo como con aire de desafío.

Hacia poco que se hallaba sobre el puente, cuando unas luces de color rosa, verde y blanco aparecieron en el horizonte.

El comandante sobresaltóse y arrugó su pensativa frente. Inmediatamente el vigía gritó:

—¡Steamer a estribor por proa!... ¡Steamer a estribor!... ¡Steamer a estribor por popa!...

Y reforzando la voz para dominar el fragor del huracán, añadió:

—¡Alerta!... ¡Escuadra enemiga a la vista!

Alberto Wendover miró sucesivamente a los tres puntos indicados y vió los tres faros de posición que indican siempre la presencia de un vapor.

A los pocos instantes vieron tres masas oscuras, al relampagueo de las descargas eléctricas, avanzar fatigosamente.

—Son barcos de guerra, en efecto... —murmuró Alberto, subiendo la pequeña escalera del puente de mando sin perderlos de vista; así como para sorprender sus maniobras y averiguar su ruta—. Diablos, ¿es que nos dan caza y vienen a presentarnos batalla?

Ah, no, amigos míos; vamos a ver si sois capaces de seguirnos...

Adelante; probemos el desarrollo y solidez de nuestras piernas.

Asió con cierto placer las clavijas de la rueda del timón que el timonel y sus ayudantes se habían apresurado a cederle y luego ordenó con el telégrafo de la máquina:

—¡A marcha forzada!

V

PATRICK



MIENTRAS ocurrían los sucesos que acabamos de exponer, Patrick, el bravo marinero irlandés no podía cerrar los ojos reflexionando sobre lo que había visto y oído, sin poder encontrar un motivo que lo justificase.

—Aquí hay un misterio que no comprendo —murmuraba rascándose furiosamente la cabeza.

En su excitada fantasía, agitábase a cualquier ruido, y se imaginaba dramas sangrientos cuyo autor era el extraño comandante del buque y la víctima el capitán Davy y su hija.

—¡Miss Ellen!

Este nombre le asomó a los labios brotándole del corazón con una expresión de infinita ternura y lo repitió en voz baja, encontrando cada vez más placer en ello.

Se había sentado sobre el colchoncillo de su cama y había fijado sus ojos en un ángulo del camarote, sin que viese nada, sumido en la oscuridad.

De vez en cuando, por el ventanillo circular del camarote, penetraba un relámpago y le inundaba de una luz pálida que daba a los objetos un aspecto casi pavoroso.

A cada aparición de aquella luz fugaz, un punto de la estancia parecía encenderse y apagarse como un carbón de arco eléctrico. En un principio Patrick no hizo caso, pero luego fijó en él su atención; por fin, impulsado por la curiosidad, púsose en pie y se acercó a él.

Esperó a que un nuevo relámpago iluminase el camarote y alargó inmediatamente la mano hasta el punto reluciente.

Era un botón de metal y de vidrio encajado en la pared, en una juntura, de modo tal, que tan sólo un caso fortuito podía revelar su presencia.

El joven probó a tirar de él, pero no pudo.

Entonces puso el índice encima y apretó; la pared se abrió sin ruido, dejando un hueco capaz de dar paso a una persona.

Vivamente impresionado, Patrick miró en derredor, escuchó y no oyó más que el ruido del huracán y los gemidos del barco.

—Se han olvidado de mí —pensó—. Mejor.

Acercóse sin hacer ruido a la puerta de entrada y la cerró con el cerrojo interior; luego volvió al pasadizo secreto decidido a explorarlo y ver a dónde conducía.

—Asegurémonos, primero, de que no oculta ninguna trampa —dijo.

Echóse al suelo y comenzó a tentar delante de sí en el misterioso hueco el pavimento y las paredes antes de aventurarse a avanzar.

Pronto hubo de darse cuenta de que se hallaba en un pasillo que debía conducir a algún otro camarote.

Nada hacía sospechar en sorpresas desagradables, y Patrick, sintiéndose más atrevido por la seguridad y curiosidad creciente, púsose en pie y prosiguió más confiado el camino.

Delante de sí veía brillar una débil raya luminosa en posición vertical.

—Allí hay una puerta —murmuró, retardando el paso y conteniendo la respiración—. Es seguramente un camarote iluminado.

¿Quién estará dentro?...

¿Alguno de los de a bordo?...

Ojo, Patrick, no cometamos alguna imprudencia.

Acercóse a la puerta y aplicó a ella un oído.

Nada se oía.

—Perfectamente —pensó.

Inclinóse un poco y acercó un ojo a la rendija por donde pasaba la luz. Vió que se trataba, en efecto, de un camarote como los otros, pero más ricamente amueblado.

Comprendió en seguida que era el cuarto del comandante del crucero.

—Le gusta la comodidad al bribón —dijo, examinando lo que en él había—. Anda, ¿qué tela es aquella?

Lo que había llamado su atención era un mapa en relieve, extendido sobre un atril y señalado acá y allá con pequeñas banderitas de colores, clavadas por medio de alfileres.

Patrick tenía la vista clara y la mente despejada.

Aguzó la vista y pudo ver que aquel mapa representaba una isla de forma muy sinuosa y accidentada.

«La Isla Innombrada».

En la parte inferior, con gruesos caracteres, había el siguiente letrero:

«Plano de Fortificación.»

—¡Demonio! —dijo entre dientes—, no sabía que existiese ninguna tierra de tal nombre.

¿Será el lugar de refugio de estos bellacos? ¡Caracoles!... En ese caso será preciso que yo sepa dónde se halla! Y volvió a observar atentamente.

—Bien —añadió después—, está en el Océano Pacífico, lo veo escrito en el azul que la rodea. ¡Ah!, aquella línea de puntos, ¡por el santo protector de Irlanda!..., es el trópico de Capricornio, y aquel número, aquel número es... 23° 10', latitud meridional, se entiende.

Animo, marinero, aguza la vista; si pudieras ver la longitud...

El ruido hecho por una puerta que se abría le hizo estremecer.

Alguien entraba en el camarote del comandante: era Alberto Wendover seguido de Mop.

Patrick reconoció a entrambos y sintió que el corazón le latía con gran violencia.

¿Qué hacer?

¿Retirarse?

Nunca; se renuncia difícilmente al probable descubrimiento de un secreto, tanto más si aquél puede importarnos.

Era, pues, preciso quedarse.

¿Y si le hubiesen sorprendido?

El joven marinero se encogió de hombros.

—Suceda lo que suceda —murmuró—, yo me quedo.

Firme en tal resolución, se propuso no perder un gesto ni una sílaba de cuanto viese y oyese.

Sospechaba hallarse a bordo de un buque que vivía fuera de la ley común por odio a cualquier código naval; suponía un dramático enigma y quería apoderarse de la clave para resolverlo.

En el camarote del comandante, mientras Patrick se hacía tales reflexiones, reinaba el más profundo silencio, roto tan sólo por el débil susurro de una pluma.

Bruscamente se oyó la voz de Alberto que preguntó:

—Mop, ¿sabéis por qué os he rogado me siguiéis hasta aquí?

—Lo ignoro, señor —respondió el ex ladrón levantando la cabeza.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN
SALGARI

El Capitán Tormenta. Un tomo. CADA TOMO,
El león de Damasco. Un tomo. 1,25 pesetas.
La hija de los Faraones. Un tomo.

EL PEQUEÑO EXPLORADOR

POR EMILIO SALGARÍ

(Conclusion.)



ESPUES de asegurarse de que el fusil estaba cargado, lo apoyó en una rama para apuntar mejor y disparó.

Los dos lobos, asustados por la detonación y el fogonazo, huyeron precipitadamente, aullando.

—¡Ahora veo que soy un verdadero cazador! —exclamó John lleno de orgullo—. ¡Y yo que tenía miedo! ¿Qué son en realidad esos lobos? Podía haberlos espantado sin subir al árbol.

A pesar de esta fanfarronada, John seguía prudentemente encima del árbol y no se sentía con ánimo de bajar por miedo de que los dos lobos se hubiesen ocultado entre la maleza, dispuestos a echársele encima.

La noche iba transcurriendo sin que nada nuevo acaeciese. Al bajar por fin el chiquillo del árbol, estaba tan cansado que no podía sostenerse en pie, y por lo tanto no le era posible regresar a la aldea.

Se tumbó sobre la hierba y quedóse profundamente dormido, soñando escudillas de leche y panecillos calientes hasta hartarse. Llevaba durmiendo unas cuantas horas, cuando fué despertado por una voz bronca que le decía:

—¡Eh, muchacho, levántate! ¡Somos nosotros!

John abrió un poquitín los ojos y vió delante de él a cuatro indios muy feos, con la piel color de cobre oscuro, la cabeza adornada con plumas de colores y el cuerpo envuelto en grandes mantas de lana de variados dibujos. Uno llevaba en la mano una hacha y los otros iban armados de fusiles y cuchillos.

El pobre John comprendió en seguida que tenía que haberse las con los terribles salvajes que había prometido exterminar si los encontraba.

Más muerto que vivo, fingió no verlos y cerró fuertemente los ojos; pero aquel que le había hablado y parecía el jefe, le cogió sin ceremonia alguna de un brazo y le puso en pie, diciéndole:

—Vamos a ver de qué color tienes la piel.

—Soy un pobre muchacho que se ha perdido en la pradera.

—¿Conque perdido? ¡Tunantuelo del rostro pálido! —gritó el indio—. ¿Es que pretendes engañarnos?

—No, amigos míos.

—¿No eres hijo de Harry Berley?

—Sí.

—¿Uno que quería marchar a la pradera para combatirnos? ¡Ea, muestra ahora tu valor, muchacho!

—Yo no he dicho jamás que quisiese combatiros —replicó John.

—Sí, lo has dicho —prosiguió el jefe indio—. Nuestros espías nos lo han contado. Amigos míos, atad a este bribonzuelo mientras decidimos qué hemos de hacer de él.

—Yo lo ataría a un árbol para que sirviese de blanco a nuestras flechas —dijo uno de ellos.

—Yo, por el contrario, le arrancaría la cabellera —contestó otro.

—Vistámosle de mujer y después quemémosle vivo. Este chico no es digno de vestir como los hombres —añadió el tercero—. ¿No veis que tiembla y llora como una niña?

—Llevémosle a nuestra aldea para que sirva de bufón a nuestros niños.

—No —interrumpió el jefe—. Le ataremos al árbol corpulento que está junto a la frontera, y allí le dejaremos para que sirva de pasto a los buitres. Id a traer los caballos.

Unos minutos más tarde los indios volvían. El jefe ató a John, y montando a caballo se lo puso delante, diciéndole:

—Te advierto que si te mueves y tratas de escapar te mataré de un hachazo.

—Os prometo que seré bueno —gimió el muchacho—. ¡Llevadme a casa!

—¡A casa! ¿No sabes que nosotros matamos a todos los hombres blancos que caen en nuestras manos?

—Soy un pobre muchacho que tengo padre y madre.

—Nada nos importa el uno ni la otra.

—Mi padre es rico y sabrá recompensaros.

—¡Basta ya! —gritó el jefe—. ¡A callar, cobarde!

Los cuatro caballos salieron al galope, dirigiéndose hacia la frontera, que sólo distaba una media docena de kilómetros.

El jefe indio mantenía bien sujeto a John, a quien miraba con ojos iracundos; el muchacho no se movía ni se atrevía a lamentarse. Estaba ya resignado a sufrir su triste destino y suspiraba pensando en su casa, que no volvería a ver, en su pobre mamá y en su papá.

Al llegar junto a la frontera, el indio mostró al muchacho un corpulento árbol que crecía aislado, diciéndole:

—He ahí el árbol que te servirá de sepultura. Te ataremos a él y te dejaremos para que los buitres y las águilas te coman.

Y dicho esto, bajó del caballo, arrastrando consigo al pobre John, más muerto que vivo; cogió unas cuantas cuerdas y le ató al árbol.

—¿Te encuentras bien así?

—¡Salvadme..., no me dejéis.

—A los exploradores les suceden aventuras parecidas.

—¡Llevadme junto a mamá!

—No. Así aprenderás a hablar un poco mejor de nosotros. ¿Conque querías matar indios? ¡Pues ahora te matarán los cuervos! Buenas noches, John Berley; mañana vendré a ver si las águilas te han comido los ojos.

—¡Socorro!...

—¡Adiós, John! —contestó el indio.

Descargó el fusil que llevaba y se marchó riendo con sus compañeros. Apenas habían desaparecido, cuando el pobre John vió llegar cinco jinetes al galope. Venían de la parte de su aldea y les guiaba un hombre de elevada estatura, que en seguida reconoció.

—¡Papá! ¡Socorro! —gritó el pobrecillo.

Harry Berley llegó en pocos minutos al árbol, gritando:

—¡Desdichado! ¿Qué has hecho? ¿Te olvidaste de tus padres?

—¡Perdón, papá! —contestó el chiquillo llorando—.

—¿Estás ya curado de tu manía de los viajes?

—Estoy arrepentido de la escapatoria. Los indios iban a matarme.

—Da gracias a Dios de que aquellos indios eran unos amigos míos que habían ido en tu busca. Estoy contento de que te hayan hecho pasar un mal rato. Espero que, después de esta lección, no volverás a la manía de abandonar la casa de tus padres. ¡Si quieres ser explorador, espera, por lo menos, ser un hombre, mocoso!

John volvió a la aldea entre las risotadas de sus habitantes. Desde aquel día no volvió a hablar de aventuras ni de exploraciones. Pero, seguramente, debía llevar en la sangre la manía de los viajes, porque a los veinte años marchó a California, en cuyas minas de oro realizó rapidísima fortuna.

FIN



AVLYTO.



HAICAR EL VISIR SABIO Y NADAN EL VISIR INGRATO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Conclusión.)

—Atad al culpable —y señalaba a Nadán—: que sea conducido inmediatamente al palacio de su tío, el gran visir Haicar; ponedlo en manos de la princesa Asfagni y vuelve tú mismo a ocupar cerca de ella, a la cabeza de tus tropas, las funciones de que antes estabas encargado.

Nadán fué detenido inmediatamente, y encerrado en el mismo calabozo, en que su tío había permanecido oculto para escapar a sus furiosos.

Después, Sinharib reunió su consejo y le dió cuenta de la felicidad que había tenido en encontrar a su antiguo visir Haicar; les contó los servicios que le había hecho en Egipto y anunció la tranquilidad de Asiria bajo el gobierno de un ministro tan sabio como el que volvía a ocuparse del cargo.

Haicar fué recibido en la ciudad con aclamaciones de todo el pueblo, que lo llevó en triunfo a los pies del trono, en donde los cortesanos lo acogieron con la mayor distinción.

El ministro entregó a Sinharib la carta de que era portador; excitó al monarca a firmar el tratado de alianza, y a devolvérselo con una carta muy atenta para el rey Faraón: sin ningún esfuerzo accedió el de Asiria, y enseguida se envió a Egipto un correo encargado de los despachos, a los cuales añadió Haicar la siguiente carta:

AL PODEROSO FARAÓN, SOBERANO DOMINADOR DEL FÉRTIL
EGIPTO

¡Señor! Haicar fué vuelto a la vida para admirar, bajo el nombre de Abicam, la ciencia y las virtudes que son el adorno de tu augusta persona; si no se dió a conocer a tu magestad cuando tus bondades lo solicitaban a ello tan vivamente, fué solo por la necesidad de guardar el carácter con el cual había aparecido en tu corte. Tú, señor, puedes explicarte ahora fácilmente los discursos de Abicam en perjuicio de Haicar.

Así que el visir hubo tomado, con la satisfacción de todos, las riendas del gobierno, volvió a su palacio, donde supo que Nadán estaba encadenado; se determinó aunque con pena, a hablar al culpable; no podía ni debía bajo ningún aspecto obtener su gracia, pero no quería su muerte.

Hizo abrir el subterráneo, alumbrado por la débil luz de una lámpara: allá en el fondo vió a su pérfido sobrino, tendido sobre un montón de paja.

—¡Nadán! —le dijo. —¿Te acuerdas de lo que fuiste, de lo que has hecho y de lo que eres? ¿Puedes resistir mis miradas sin bajar los ojos?

—No, no puedo hacerlo sin enrojecer —contestó Nadán.

—El tigre —continuó Haicar —manchado del homicidio y de la carnicería, pasó cerca de una fuente; se vió en ella y se causó horror. ¿No has sentido tú los remordimientos mientras que vivías en el crimen? ¡Pues ahora gusta de su amargura!

—La siento, la conozco —exclamó el ingrato visir.

—No, no la sientes; si ella igualase a tus malos actos, te habría devorado.

—¡Perdóname, tío! ¡Acuérdate de que la misma sangre corre por nuestras venas!

—El Ganges —continuó diciendo Haicar —en una de sus avenidas depositó sus aguas en un pozo entre dos montañas; las aguas se corrompieron y extendieron la infección

a su alrededor; los habitantes de los collados vecinos las maldecían. —¿Cómo —decían ellas —se atreven a maldecir a las aguas del río saludable, sin las cuales el hombre perecería bien pronto consumido?—. —¡Agua pestilencial! —les respondió un genio. —«El Ganges deja de reconocer sus aguas, desde el instante en que de ellas no salen más que emanaciones mortales.» —Tú, Nadán, no me llares más tío, y deja de nombrarte mi sobrino.

—¡Pues bien, Haicar! ¡Tú eres noble y generoso; trátame como un hombre!

—Esto no sería para reconocer en ti la humanidad, sino para vengarla de tus atrocidades. Un lobo fué cogido entre los corderos que guardaba un sacerdote de Osiris: «¡Perdóname!» —dijo él al pastor del ganado —«mira mi garganta y mis garras: bien claro se ve que soy inocente.» —«El crimen está en tu corazón,» —replicó el pastor. —«Mas aunque lo supongas así —contestó el lobo —tú estás consagrado a una misión de paz; tú no coges el cuchillo más que para los sacrificios, y yo soy demasiado vil para ser ofrecido: mi sangre mancharía tus vestidos y tus manos.» —«Sólo mancha la sangre del justo —dijo el sacerdote, hundiéndole el cuchillo en la garganta; ¡muere, miserable! Yo te sacrifico a la tranquilidad de los rebaños todos que están sobre la tierra.»

—¿Vas a tratarme, pues, como un juez? —preguntó Nadán.

—¡Criminal! Cuando hablas de justicia, me haces temblar. ¿Puedo yo hacértela? ¡Acuérdate de mis bondades y de tus traiciones, de mi amor y de tu barbarie! La ley no ha dado ninguna sentencia contra la ingratitud; ella ha sentido su impotencia para ello: el cielo se ha reservado su castigo.

—¡Pues bien! —exclamó Nadán. —Hazme conducir al desierto más espantoso.

—Allí serías perseguido por las furias, que no te abandonarían ni aun después de tu muerte: es el suplicio que tú mereces, pero yo no soy bastante cruel para dártelo. Yo sólo quisiera que el remordimiento te agujase con sus dardos más punzantes, que tu corazón criminal fuese acibillado por ellos, y que te hiciese, al menos, sensible al dolor. Entregado por fin al arrepentimiento, tu repararías (por lo menos en parte) tus atrocidades con tus lágrimas.

—¡Ay! Mirame derramarlas.

—¡Si, pérfido, tú lloras! Pero es de rabia por ver que mi cabeza se ha escapado a tus golpes; es por verte encadenado y reducido a la impotencia para vengarte. Hay que imponerte tormentos que castiguen no tus crímenes, sino tu orgullo.

Después de estas palabras Haicar salió del calabozo, dejando a su sobrino de quien ni siquiera podía esperar llevarlo al arrepentimiento. Volvió a verlo algunos días después, pero lo encontró muerto en su prisión. Así libró este ingrato a la tierra de su fatal existencia: se colgó de un clavo que había en la pared del calabozo.

Haicar y Asfagni se consolaron pronto; el afecto de Sinharib los indemnizó de los sufrimientos que Nadán les había causado. El monarca, enterado de los peligros que había corrido con un visir tan malvado, se dedicó por entero a los asuntos y supo granjearse el amor de sus pueblos y la admiración de las naciones vecinas.

FIN

EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO EMPEZAREMOS
LA PUBLICACION DEL BELLISIMO CUENTO DE
LAS MIL Y UNA NOCHES

TITULADO

ALÁ ADDÍN ABUSAMAT



La Editorial "Saturuino Calleja" S. A.
remite gratis el catálogo de todos los
Cuentos de Calleja a quien se lo pida



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



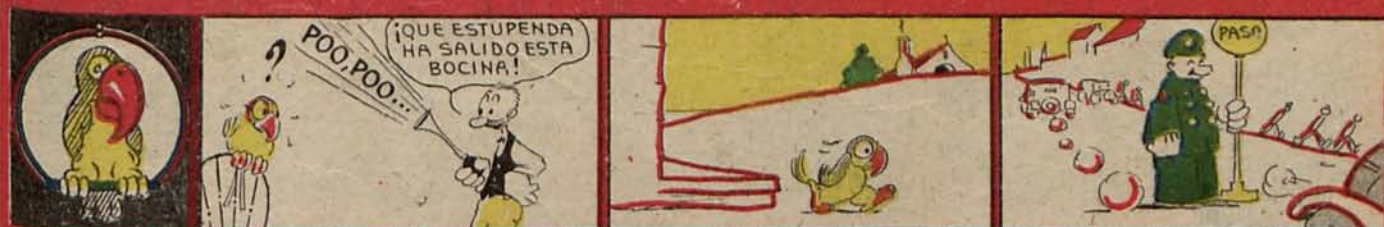
KHITO



DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



COLORÍN Y SU PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off., Copyright, 1935, by The Chicago Tribune.

BRANNER

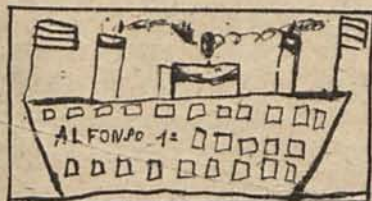


UNA DE LAS TRECE FILAS DE SOLDADOS QUE COMPOENEN LA MAGNÍFICA CAJA CON 268 PIEZAS QUE PINOCHO REGALA EN EL TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS A SUS SUSCRITORES (2.º PREMIO)

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MARZO

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta Sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Un gran buque.
CARMENCITA VALDEPEÑAS
Nueve años.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 107
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.



Mis pollitos Lulú, Titú, Tin y Ton.
AURORITA CARRASCO
10 años.



Uzcudun.
LUIS G. ARENANES



Chonón.
CÉSAR F. LUENGO
Palencia.

HISTORIETA



El cocinero Tartera persigue a este pollo pera.



Mas éste se le ha escapado subiéndosele al tejado.

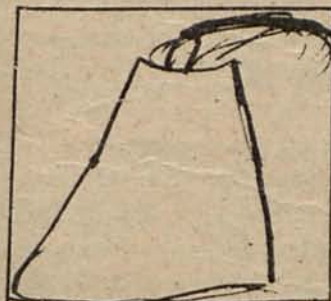


Pero no se desespere y coloca una escalera.



Y ve, de un gran picotazo, las estrellas y la luna.

ALBERTO MAGNA



Un volcán.
JOSÉ MIGUEL LIZZO

La muñeca.

Es la víspera de Reyes. Una niña pordiosera, con los pies casi desnudos, con las manecitas yertas, cubriendo a modo de manto con su falda la cabeza y sin temor a la lluvia, que más cada vez arrecia, contempla, extasiada y triste, el interior de una tienda que por su gusto en juguetes es en Madrid la primera.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta con voz desahrida y seca un dependiente, empujando a la niña hasta la acera.

—¡Déjeme usted! ¡Si es que estaba mirando aquella muñeca!

—Vaya, retirete pronto y deja libre la puerta.

—Dígame usted, ¿cuánta mucho?

—¿Quieres marcharte, chiqueta?

—Será muy cara, ¿verdad? ¡Lo que es como yo pudiera...!

—¡El demonio de la chica...! ¡Pues no quiere comprar ella! Lárgate a pedir limosna y déjate de simplezas.

La muñeca que te gusta vale un duro; conque ¡fuera!

Marchóse la pobre niña ocultando su tristeza.

En vano pide limosna...; ninguno escucha sus quejas... y desfallecida y débil cruza calles y plazuelas, recordando, en amargura, la tentadora muñeca.

—Caballero, una limosna a esta pobrecita huérfana.

—Déjame, que voy de prisa.

—¡Por Dios, señor; aunque sea un centimito! Tengo hambre...!

—¡Pobre niña! ¡Me da pena!

Toma.

—¡Señor, si es un duro!

—Te lo doy para que puedas, siquiera por esta noche, tener buena cama y cena.

—¡Déjeme usted que le bese la mano!

—Quita, tontuela.

—¡Que Dios se lo pague a usted! ¡Un duro! Estoy más contenta... ¿No será falso, verdad?

—¡Cómo, muchacha! ¿Tú piensas...?

—No, señor. Perdóname usted...; pero, ¡vamos...!, la sorpresa... ¡Si voy a volverme loca! ¡Qué alegría! ¡Quién dijera...!

¡Que Dios le premie en el mundo y le dé la gloria eterna!

Y apretando entre sus manos convulsivas la moneda, corrió por la calle abajo, veloz como una saeta.

A la mañana siguiente se comentaba en la Prensa el hecho de haberse hallado en el quicio de una puerta el cadáver de una niña abrazado a una muñeca.

ANGELITTA NIETO MOLINA.
Catorce años. Madrid.



Jugando en el Retiro.

C. U., 10 años.



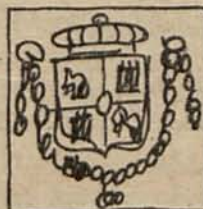
Cabezota.
CARMEN URRUTIA
10 años.



El gato travieso.
MARÍA MORALES
8 años.



Pollos bien.
JESÚS ROYO
12 años.



El escudo de España.
ANICETO SÁNCHEZ
7 años.



Un niño Horón.
GABRIEL MONGE
10 años.



Un cornetín y una paloma.
TOMÁS MUÑOZ.

Si eres buen amigo de Pinocho envíale hoy este

Boletín de suscripción



CURRINGHE

D., que vive en (Población.)
..... se suscribe desde el pró-
(Calle.) (Provincia o Estado.)
ximo número a PINOCHO por (1) { UN AÑO } 20 pts.
{ UN SEMESTRE } 10 pts.
{ UN TRIMESTRE } 5 pts.
cuyo importe de
remite a la Administración de PINOCHO en (2).
(C. de Valencia, 28. Madrid.)
En a de 192...
(Población.)
FIRMA:

(1) Bórrase lo que no convenga.
(2) En lo que sea. Puede ser Giro postal, valores declarados, cheque, sellos (en tiras, no sueltos), etc. Muchas repúblicas americanas tienen establecido el Giro postal con España.



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Flor aplicada.—Esta flor que aquí veis

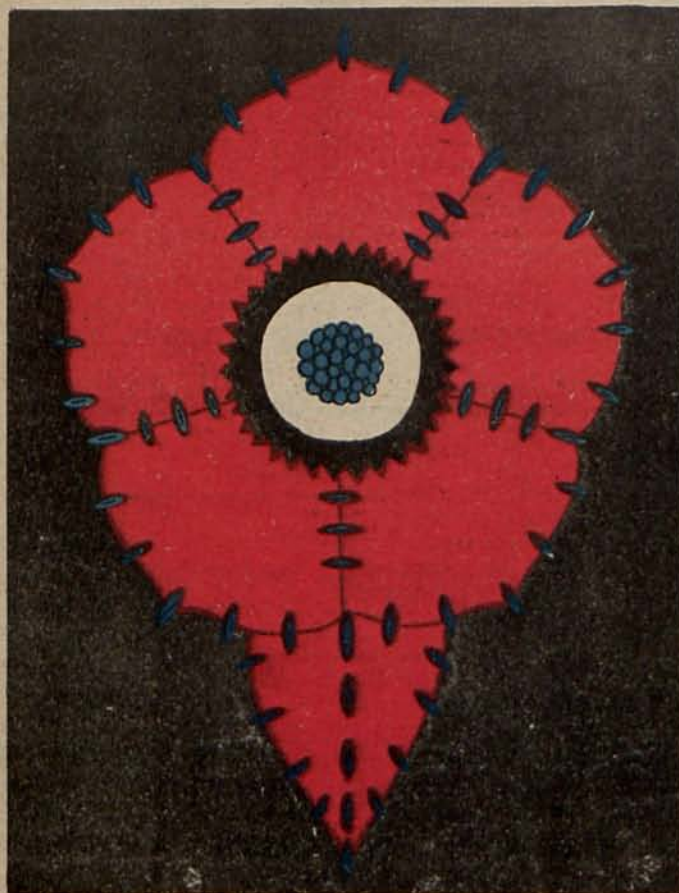
es de ante.... (si no os molestaran los chistes malos diría que es de antes y de ahora y de siempre porque es muy bonita), es decir, que es de piel de ante.

La recortaréis sencillamente de guantes viejos, largos o de manopla, utilizando por lo menos tres guantes diferentes, pues parte de su encanto está en hacerla en dos matices de un mismo color y en blanco.

Para los pétalos elegiréis, un guante de color gris claro o «beige» claro; para el redondel denteado, otro guante más oscuro, o sea gris humo o marrón; el redondelito liso del centro, es blanco.

Cuando están recortadas las diversas partes de la flor (ni que decir tiene que los cinco pétalos deben recortarse a un tiempo para que resulten idénticos), se pegan los pétalos unos a otros, según indica el grabado; puede hacerse la pegadura con hilo, cubriendo luego las puntadas con otras puntadas de grueso algodón perlé o, mejor aún, de lana, para lograr mayor efecto de realce; los dos redondeles centrales se fijan por medio de un grupo de nudos en el mismo tono que las puntadas, que debe ser el mismo que el redondel dentado.

Esta flor constituye un adorno delicioso para prendas de todo trote; por ejemplo, para un sombrerito de fieltro flexible; o para subrayar el pico del descote de un «pull over» de punto; varias flores como ésta, pegadas sobre una tira de tela, forman un gracioso cinturón para un trajecito de clase de kasha o de «charmeleine», azul marino, verde almendra, marrón o «beige».



PIRULA, COCINERA

Recetas de Marzo: la coliflor.—Si las patatas son, según se dice, «las chuletas de la huerta», ¿verdad que la coliflor es la reina de la huerta o, por lo menos, la princesita? Su falda rizada, nivea y como de crinolina, su nombre casi poético, todo es en ella más distinguido que en las demás verduras, y como algo presumido y remilgado; su nombre mismo lo dice: es col y es flor. Además, ¡está tan sabrosa de cualquier modo que se prepare! Y estos modos son infinitos; la coliflor está riquísima simplemente cocida para comerla con vinagreta, o con salsa mayonesa, o con «bechamel»; no lo está menos, cortada en pedazos y rebozada con huevo; resulta deliciosa «al gratin». Otra manera exquisita y menos conocida es con salsa «bechamel» y pan rallado frito, y metida luego un momento en el horno.

Aún nos reserva la coliflor otra sorpresa, y es que se presta para hacer una crema finísima, y esto casi sin gasto alguno. La receta es la siguiente:

Se pone en una sartén un pedazo de mantequilla del tamaño aproximado de un huevo y dos cucharadas grandes de harina, y se trabajan hasta que todo ello se diluya y forme una pasta.

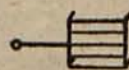
Por otra parte se conserva cuidadosamente *el agua en que se ha hervido la coliflor*, y se deja enfriar.

Diluida la manteca con la harina, y fría el agua de la coliflor, se retira la sartén de la lumbre y se va echando en ella un poco del agua sin dejar de agitar; luego se mezcla todo en una cacerola y se deja hervir durante un cuarto de hora; se le añade un poco de perejil picado.

Antes de servir la sopa, se bate en la soperá una yema de huevo con un poco de agua y se echa la sopa encima.

Yo os aseguro que esta crema resulta finísima y nada tiene que envidiarle a la de espárragos; a mí—sea dicho entre nosotros—hasta me gusta más.

Os aconsejo que le indiquéis esta receta a vuestra mamá o a la cocinera, y así, cada vez que se sirva coliflor en casa, ya se sabe: al día siguiente, sopa de crema de coliflor.





QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Cómo vienes hoy tan tarde, curioso Chonón?
—Estaba muy entretenido en casa leyendo unos cuentos, y cuando me he dado cuenta era ya muy tarde. Te advierto, querido buho, que a pesar de que mi casa está lejos, sólo he tardado en venir aquí diez minutos.

—Habrás venido corriendo como una liebre.

—No lo creas. ¿No ves que no estoy cansado? Si hubiese venido corriendo desde mi casa estaría fatigadísimo.

—Tienes razón.

—He venido en auto, amigo buho. Por no hacerte esperar mucho he tomado un taxímetro, y aquí me tienes. El lujo de venir en auto me ha costado una peseta con sesenta céntimos.

—Derrochón estás, Chononcito.

—¡Qué bien se va en auto! ¡Yo me he sentido superior a todos cuando he visto, a través de la ventanilla, que todos se quedaban atrás! ¡He venido lo que se dice volando!

—Si hubieses venido volando hubieras llegado antes. No dispone el hombre de medios tan rápidos como el vuelo de algunos pájaros.

—De todos modos, a mí el auto me encanta. Pero no sé por qué anda un auto, y por el camino he venido pensando en que hoy me ibas a hablar de esto. Hoy quiero saber, querido buho, qué es lo que hace andar y correr tanto a los automóviles. Es decir, yo sé que lo que mueve a los automóviles es la gasolina; pero no sé más, y me interesa conocer algo de su mecanismo. He visto al lado y a los pies del conductor una serie de palancas que no sé para lo que sirven.

—Habrás visto al lado del *chauffeur* dos palancas.

—Eso es.

—Pues una es el freno de mano, y otra el cambio de velocidades.

—El freno ya me supongo qué aplicación tiene. Detener la marcha del coche cuando conviene parar, ¿no es eso?

—Exacto.

—¿Y el cambio de velocidades?

—Déjame que te explique antes las partes más esenciales de un automóvil, y luego comprenderás mejor los detalles de su mecanismo.

—Como tú quieras.

—En todo automóvil hay tres elementos esenciales, que son: el chasis, el motor y la carrocería. El chasis es el armazón sobre el cual se monta el motor, las ruedas y la carrocería. Es como el esqueleto del coche. Su elemento más importante es el bastidor, formado por traviesas de acero destinadas a sostener el peso de todo el coche. La carrocería es la caja del coche, donde van contenidos los asientos. Hay carrocerías para todas las necesidades y para todos los gustos. Desde la de lujo con muelles asientos espléndidamente tapizados, hasta la vulgar camioneta destinada a transportar mercancías.

—El taxímetro en que yo he venido era todo cerrado, con ventanillas parecidas a las de un vagón de ferrocarril. El conductor iba sentado a mi lado.

—Esos coches se llaman de conducción interior y son, desde luego, los más cómodos, sobre todo para el que los dirige, porque va resguardado completamente de las inclemencias del tiempo. También los hay descubiertos, como los llamados torpedos, que pueden cubrirse con una capota para protegerse del sol, del polvo o de la lluvia. Y vamos ahora a hablar del motor, que es lo más interesante. Hablaremos, desde luego, del motor de gasolina, que es el más usado.

—¿Pero es que hay otra clase de motores en los automóviles?

—Los hay también de vapor y eléctricos, pero se emplean ya muy poco. El motor de gasolina se llama motor de explosión. La gasolina está contenida en un depósito, desde donde pasa a un pequeño aparato llamado carburador. En este aparato entra la gasolina gota a gota, y una corriente de aire la pulveriza, convirtiéndola en gas. Este gas, que es muy inflamable, va a parar a los cilindros del motor, donde, por medio de una pequeña chispa eléctrica, se inflama y hace explosión.

—Entonces por eso se llama motor de explosión.

—Eso es; la explosión hace que el gas aumente considerablemente de tamaño, y como está comprimido dentro del cilindro, empuja con enorme fuerza a un émbolo, que al bajar da movimiento giratorio a un eje que hace dar vueltas, por medio de unos engranajes, a las ruedas traseras del coche.

—¿Y a las de adelante no?

—Las ruedas delanteras son solamente directrices. Ese gas, que se llama hidrocarburo, una vez que ha cumplido su misión de empujar al émbolo para que éste mueva el eje, sale al exterior merced

al mecanismo de unas válvulas que se abren y cierran automáticamente. Para que el gas al salir no produzca ruidos desagradables, se le hace pasar por un tubo que se llama silenciador porque en él se amortigua el ruido.

—¿Y cómo se produce esa chispa eléctrica que inflama la gasolina dentro de los cilindros?

—Por medio de una máquina que genera electricidad y que se llama magneto.

—Y que será la que sirve también para encender los faros del automóvil.

—No; para estos faros se emplean acumuladores, porque la corriente eléctrica de la magneto produce solamente chispas, pero no la corriente que hace falta para el encendido.

—Pues yo había oído hablar de unas bujías.

—Esas bujías no tienen nada que ver con las bujías de cera que se usan para el alumbrado. Las de los automóviles son dos pequeños alambres rodeados de porcelana, u otra materia aislante, cuyos extremos están un poquito separados, con el fin de que la corriente que viene de la magneto salte de un alambre a otro, produciendo la chispa. Cada cilindro lleva en su parte superior una de estas bujías.

—¿Y el radiador, en qué consiste?

—El radiador es esa especie de panal de hierro que va delante del automóvil.

—Lleva agua dentro, ¿verdad?

—Naturalmente; ya puedes comprender que las explosiones del gas dentro de los cilindros calientan extraordinariamente el motor, y hay que procurar refrescar sus paredes para evitar que se abran, porque ya sabes que el calor dilata los cuerpos. Por esto los cilindros van todos envueltos en agua.

—¿Pero no se calienta también el agua?

—Ya lo creo; pero cuando está caliente pasa al radiador, en el que tiene que recorrer infinidad de estrechos tubitos, donde se enfría por la acción del aire exterior, y otra vez vuelve a refrescar las paredes de los cilindros.

—Bueno; pero no me has dicho todavía para qué sirven las palancas que acciona el conductor.

—Con los pies se mueven tres palancas, que corresponden al embrague, al acelerador y al freno. El embrague es un mecanismo que separa o junta el motor con el eje de transmisión. Cuando se desembraga, el automóvil no anda aunque el motor esté en marcha. El acelerador es una palanca que sirve para que entre más o menos gas en los cilindros, y por lo tanto, para que el motor funcione más o menos aprisa y el automóvil corra o vaya despacio.

—Entonces, el acelerador es el resorte de la velocidad.

—Eso es; y por lo tanto, el que hay que manejar con más prudencia. La otra palanca es el freno de pie.

—¿Pues no me has dicho antes que el freno era una de las palancas que se mueven con la mano?

—Cierto; pero es que todo automóvil lleva dos frenos, uno de pie y otro de mano.

—Comprendido.

—La otra palanca que se acciona también con la mano es la del cambio de velocidades. El automóvil, cuando está parado, necesita para arrancar más fuerza que cuando está ya andando, del mismo modo que también necesita más fuerza para subir una cuesta que para bajarla o para andar por terreno llano.

¿Pero la fuerza del motor no es siempre la misma?

—Desde luego. También tu fuerza es siempre la misma, y sin embargo, no serías capaz de levantar tú solo un peso de cien kilos; pero si dispones de una polea o de una palanca, sí que lo levantarás.

—¿Y por qué ocurre eso?

—Por la ley física de multiplicación de fuerzas. En el cambio de velocidades hay una serie de ruedas dentadas de menor o mayor diámetro que multiplican o desmultiplican la fuerza del motor.

—Te comprendo perfectamente. ¿Y esa rueda que lleva siempre cogida el conductor?

—Es el volante de dirección. Acciona sobre las ruedas delanteras y sirve para guiar la dirección del automóvil.

—Me has enterado tan perfectamente, que estoy seguro de que puedo ya conducir un auto.

—No seré yo quien vaya contigo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero morir estrellado.

—Eres muy miedoso, querido buho.

—Y tú muy atrevido, querido Chonón.



Tapas para encuadernar PINOCHO

Tomo I.—Febrero-Julio, 1925.

Tomo II.—Agosto-Diciembre, 1925.

Tomo III.—Enero-Junio, 1926.

Tomo IV.—Julio-Diciembre, 1926.

Precio de las tapas de cada tomo, 5 ptas.

Para los suscritores, 3 pesetas.

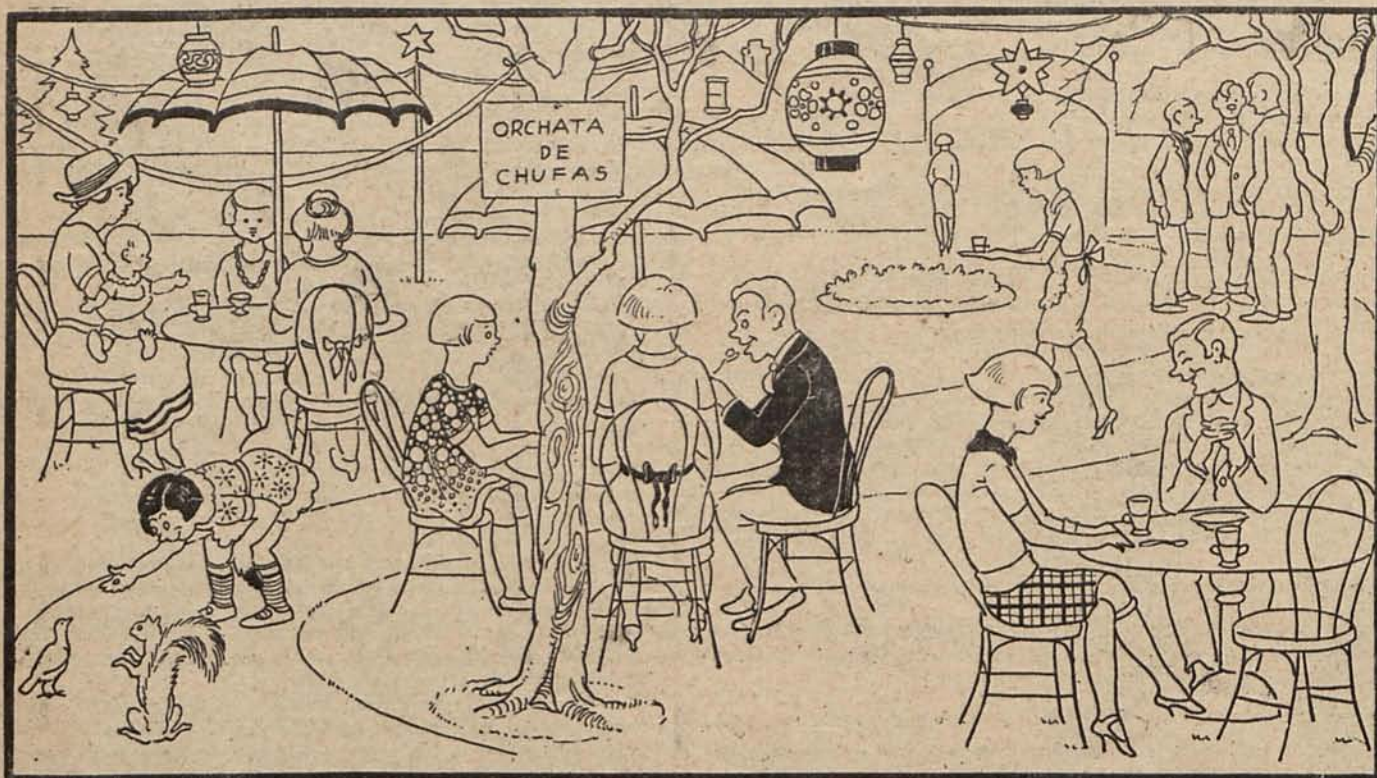


CONCURSO DE PASATIEMPOS

DEL MES DE MARZO DE 1927

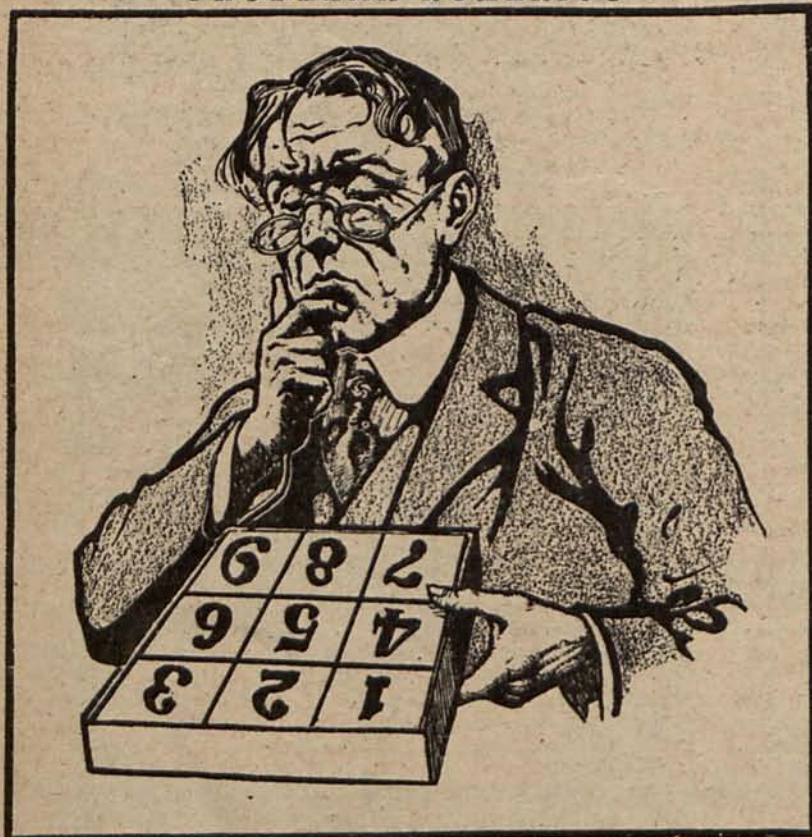
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Dentro de un par de meses empezaremos a ver en los paseos escenas como esta que hoy os damos aquí. Se trata, como veis, de un lugar en donde se refresca y en el cual debe de hacer mucho calor, pues da el sol de plano, a juzgar por esos dos enormes quitasoles que se ven en el centro y a la izquierda del dibujo. Otra vez ¿cómo no?, el dibujante ha incurrido en sus acostumbrados disparates o errores. Le hemos reprendido, y para disculparse nos ha respondido que ha hecho el dibujo de memoria, acordándose del verano pasado. ¡Claro que cuando dibuja del natural le pasa lo mismo! Pero, en fin, perdonémosle una vez más, y a ver si averiguais cuáles son los errores. Uno de ellos es que a la señora que está sentada de frente debajo del quitasol de la izquierda, le falta a su collar una o más cuentas y el hilo y, sin embargo, se le sostiene tan divinamente. ¿Cuáles son los otros nueve?

PROBLEMA NUMÉRICO



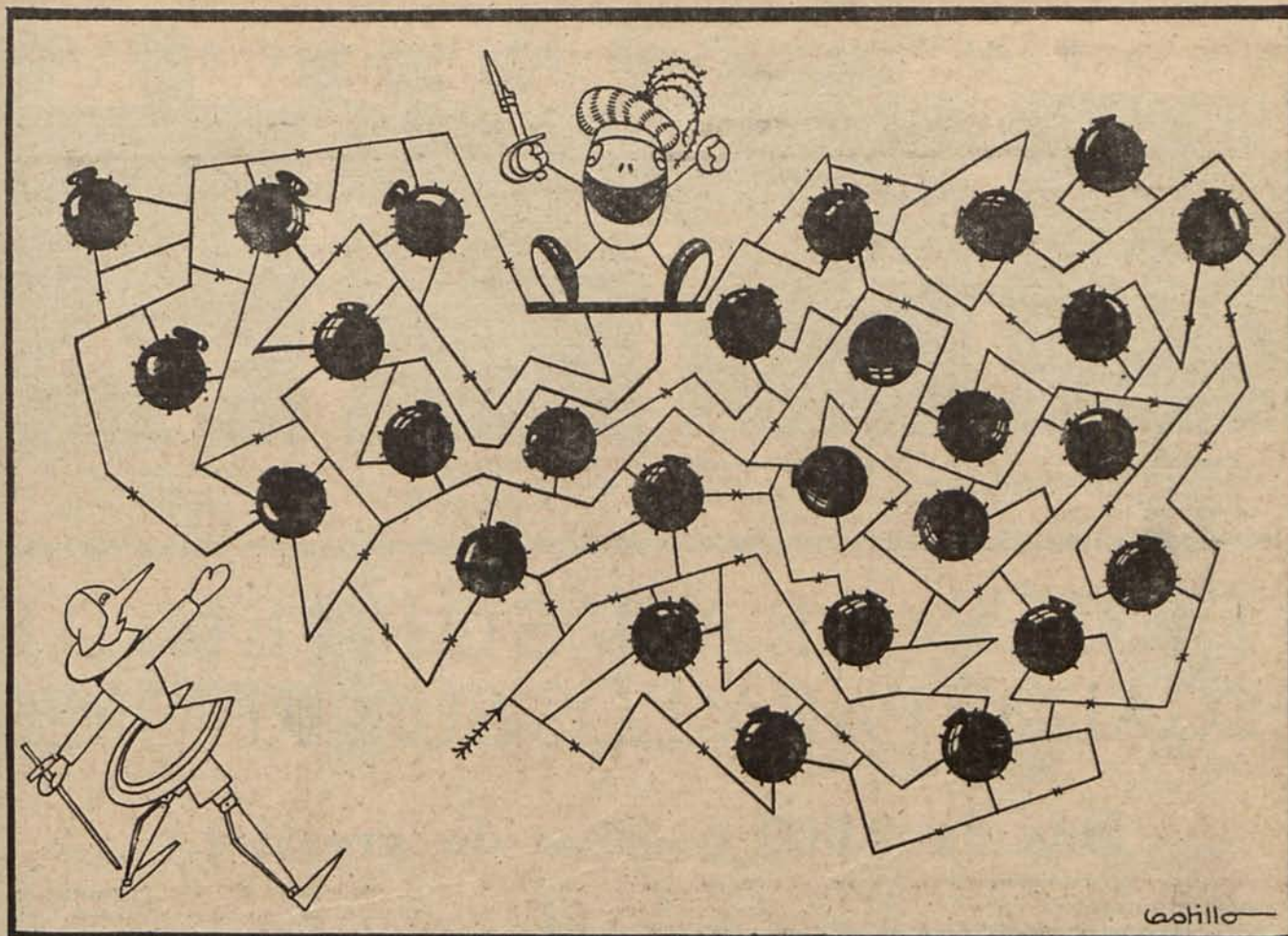
El presente problema os interesará seguramente, pues con él podréis lucir vuestras dotes de excelentes matemáticos. Como veis, tenemos un cuadrado o tabla compuesto de nueve números correlativos. Se trata de unir con uno o varios trazos varios de estos números de forma que los números comprendidos en el trazado sumen 15. Este trazo se puede hacer hacia arriba, hacia abajo, en sentido horizontal, vertical u oblicuo. Lo importante es que no se pase dos veces por el mismo cuadrado o número. Os doy como ejemplo una de las 32 combinaciones que se pueden hacer. Tomad un lápiz y empezad a trazar en el número 1, de éste pasad al 2, de aquí, al 3; después, al 5, y terminad en el 4; ahora, sumad: $1 + 2 + 3 + 5 + 4 = 15$. Mandad las soluciones indicando el orden en que fué hecho el trazo, como en el ejemplo que os doy.

EL CHIVO Y EL GALGO



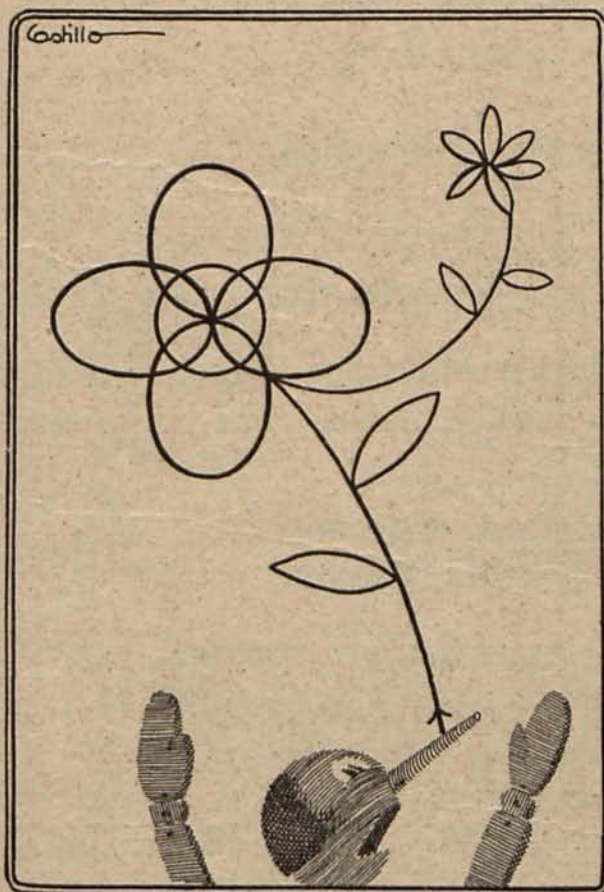
Erase un día espléndido de otoño; las uvas, ya maduras, colgaban de las parras esperando a ser vendimiadas. Un chivo que saltaba libre mordisqueando las hierbecillas, llegó a donde estaban las parras y empezó a comer los tiernos pámpanos. Ya sabéis lo que les gustan a los chivos y las cabras los pámpanos, tanto, que si no fuera por el cuidado y porque suelen estar muy altos, no quedaría ninguno. Cerca de aquel lugar dormía al sol un hermoso perro que al cuidado de la casa estaba. Al oír la esquilita del collar del chivo, abrió un ojo, luego el otro, y se avalanzó como una flecha a castigar al osado que se quería comer la parra. Tanto el perro como el chivo se han perdido de vista de tanto correr. ¿Sabréis hallarlos?

¡GUERRA A CHAPETE!



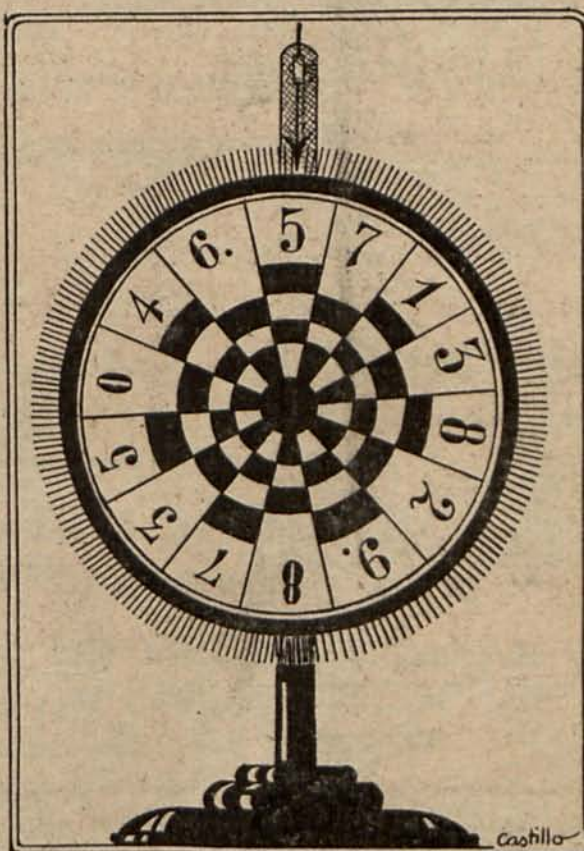
El perversísimo Chapete acaba de hacerle a Pinocho una de sus habituales trastadas y ha huido cobardemente sin querer presentar batalla, frente a frente con el valiente Pinocho. Como veis, ha ido a esconderse detrás de unas terribles alambradas, protegidas nada menos que con 27 bombas de dinamita. Pero Pinocho, seguido de su valeroso ejército de pinochistas, se apresta a avanzar por el campo de bombas para hacer prisionero a Chapete. Para ello, hay que entrar en el campo por el lugar indicado con una flecha y, siguiendo la línea de alambre, llegar hasta Chapete sin tropezar con ninguna bomba. ¡Adelante, pinochistas!

PINOCHO, EQUILIBRISTA



Estas flores que Pinocho sostiene en equilibrio con habilidad extraordinaria, están hechas con un sólo trazo. Vosotros, que sois tan habilidosos como inteligentes, conseguiréis también hacer el mismo dibujo de las flores, empezando por la flecha, sin levantar el lápiz del papel, sin cruzar ninguna línea y sin pasar dos veces por el mismo sitio

LA RIFA DE LA SUERTE



A don Turulato le ha tocado en la rifa un estupendo juego de carcerolas. Esta es la rueda que le dió la suerte. Salió el premio en un número de tres cifras, pero, ¿qué tres cifras serían que sumándolas daban el mismo resultado que multiplicándolas entre sí? Hay que advertir también, que el doble de una de estas cifras era igual a la suma de las otras dos. A ver si acertáis con el número, es decir, con los números, porque hay nada menos que seis números de tres cifras que cumplen esta condición

VIDA PINOCHISTA

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Vicente Simón.
Segundo gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



María de los Angeles Albifana.
Cuarto premio del sorteo mensual para los suscritores, correspondiente al mes de enero.



Mario Fernández Mazas.
Diploma de honor en el Concurso de Dibujos del mes de julio.



Agustín Sáiz Alarcón.
Diploma de honor en el Concurso de Dibujos del mes de junio.

TERCER GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

Más de 2.000 pesetas de premios.

Entrarán en este sorteo todos los Pinochistas que estén suscritos a PINOCHO el día 30 de abril de 1927, cualquiera que sea la fecha de su suscripción.

PRIMER PREMIO

Una magnífica bicicleta.

SEGUNDO PREMIO

Una estupenda caja de soldados.

TERCER PREMIO

Veinte duros en dinero.

CUARTO PREMIO

Una muñeca

QUINTO PREMIO

*Una carretilla
con su cubo y otros utensilios.*

SEXTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SÉPTIMO PREMIO

Una pluma estilográfica.

OCTAVO, NOVENO Y DÉCIMO PREMIOS

Un año de suscripción a PINOCHO, gratis.

11.º, 12.º, 13.º, 14.º, 15.º, 16.º, 17.º, 18.º, 19.º, 20.º, 21.º, 22.º, 23.º, 24.º,
25.º, 26.º, 27.º, 28.º, 29.º, 30.º, 31.º, 32.º, 33.º, 34.º, 35.º, 36.º, 37.º, 38.º,
39.º, 40.º, 41.º, 42.º, 43.º, 44.º, 45.º, 46.º, 47.º, 48.º, 49.º, 50.º

PREMIOS

Un lote de libros.

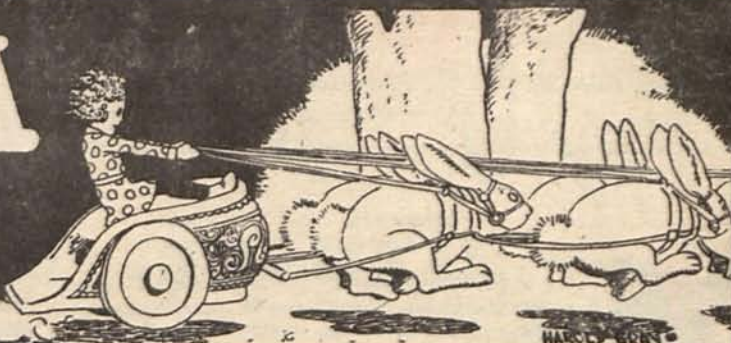
PARA este sorteo no hay más billetes que los recibos de suscripción. Cuando sepamos cuáles son los números premiados, vemos cuáles son los recibos de suscripción que tienen esos números y publicaremos los nombres de los suscritores favorecidos, como hemos hecho en los sorteos anteriores.

Si eres suscriptor ya estás incluido, sólo por serlo en el TERCER SORTEO.

Si no eres suscriptor, suscríbete antes del 30 de abril de 1927 para entrar en el TERCER SORTEO.

ANITA

BUEN-CORAZON



ASI EMPIEZA "CHAPETE RETA A PINOCHO"

(De la estupendísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE que ha hecho universalmente famosos al incomparable muñeco de madera y a su astuto rival de trapo).

I CHAPETE



HAPETE!...

Así, al pronto, al leer este nombre, os habréis quedado tan tranquilos. Ni sospecharéis siquiera que acabo de nombrar a uno de los mayores héroes que han registrado las historias. ¡Cuando le conozcáis!...

Pero no adelantemos los acontecimientos.

Chapete es un muñeco de trapo. Su figurilla resulta bastante cómica.

Es bajito y rechoncho como una pelota; sus ojos son redondos como los de las lechuzas; por nariz tiene un botón de nácar, y su boca, que sonríe constantemente, le llega de oreja a oreja. Su pelo imita fielmente al estropajo, y en la mejilla izquierda ostenta coquetamente un lunar pintado.

Chapete es gordo; el serrín de que está relleno, mal repartido, le abulta por unos lados más que por otros; sus piernas son cortas; sus pies enormes y calzados con gruesas botas.

Actualmente, Chapete vive en un Bazar, y es el terror de todos sus vecinos. Porque Chapete es malo, muy malo, rematadamente malo.

Sus travesuras y fechorías no tienen fin.

La Pepona, el Bombero, la Pastora, el Polichinela y los demás muñecos que viven en la misma vitrina que Chapete están constantemente con el alma en un hilo y todos piden a Dios que venga pronto un comprador que cargue con el terrible muñeco y les libre de tal demonio, que con sus ocurrencias endiabladas trae de cabeza a todos los habitantes de trapo, de madera y de cartón que hay en el Bazar. Pero, sí, sí: Chapete ha venido al mundo para dar guerra, y no habrá medio de detenerle en su camino, como veremos más adelante.

II

UNA TRAGEDIA EN UN BAZAR

No se oía una mosca. Todo estaba en reposo. Los muñecos dormían en sus cajas de cartón, tras los cristales de las vitrinas que les guardaban. Los soldados de plomo dormían, a pesar de conservar sus fusiles al hombro y sus incómodas posturas de ataque; los capitanes reposaban sin apearse de sus caballos. En una preciosa cunita, emperifollada con encajes y cintas de seda roja, un bebé, en mantillas, roncaba silenciosamente, como roncan los muñecos.

De pronto el silencio fué interrumpido por un grito agudo. Todo el mundo se despertó. Entonces se vió a la Pastora —una pastora muy mona y muy dulce, con su vestido azul y su talle redondito— que salía del redil, alzando al cielo sus brazos rígidos.

—¡Me los han devorado! —gritaba—. ¡Ay! ¡Ay! ¡Mis corderitos! ¡Mis corderitos!

En un momento el mundo muñequil se puso en pie y acudió al lugar del suceso, mientras el Cuco de un reloj vecino abría la puerta de su casita y preguntaba:

—¡Cu-cúl, ¿qué ha pasado?

¡Que qué había pasado!

De la caja de la Pastora, los corderitos, que constantemente dormían sobre la verde hierba rodeando a su amá, habían desaparecido. Sobre la hierba veíanse huellas recientes de pisadas.

Nadie dudó un momento; todos comprendieron quién era el autor del desastre. Porque cuando ocurría una fechoría, el autor no podía ser más que Chapete, el terrible, el incansable, el temido Chapete.

Sí: él era quien había desencadenado al Lobo —el terrible lobo de cartón con ojos de cristal rojo—, él le había guiado hasta el redil y había levantado la tapa de la caja, facilitando así el que el Lobo cargase con los cinco corderitos y los llevase tranquilamente detrás de un automóvil.

La indignación de los muñecos era imponente. ¡Causar tal disgusto a una pastora tan cuidadosa y tan limpia! ¿Qué porvenir aguardaba a la infeliz? ¿Cómo encontraría colocación sin sus borreguitos?

—¡Miserable!

—¡Granujal!

—¡Mónstruo!

Así gritaban los muñecos, amenazando con el puño a la vitrina donde debía estar Chapete, pero donde no estaba, porque se había escondido detrás de un aristón, desde donde se entretenía en hacer burla a sus compañeros con un cinismo verdaderamente escandaloso.

A pesar del terrible miedo que Chapete inspiraba a los muñecos, todos se pusieron de acuerdo para castigarle, y unidos marcharon el ejército inglés, de plomo, y el ejército alemán, de madera, la pueblerina Pepona y la remilgada Bailarina, el Polichinela, el Bombero, el Ciclista, todos, todos, como un solo hombre.

Mal lo hubiera pasado Chapete si en aquel momento no se hubiesen presentado, inesperadamente, los cinco borreguitos lanzan-

do tristes balidos. Porque el Lobo no se los había podido comer por una razón muy sencilla: tenía puesto un bozal.

En realidad, Chapete sólo había querido divertirse dando un susto. Pero, ¡qué susto!

Agazapado detrás del aristón, el travieso muñeco contemplaba la escena, y se reía como un loco con todo aquel jaleo que había armado.

Pero en aquel momento el Cuco volvió a asomarse a la ventana de su casita para dar las siete con voz cantarina.

Era la hora solemne en que el Bazar se abría a la vida de los hombres y de los niños de carne y hueso, y en que se detenía, hasta la noche siguiente, la vida de los muñecos.

En menos de un segundo la Pastora volvió de su ataque y se acostó sobre el césped, junto a sus borreguitos recuperados. La Bailarina se puso de puntillas sobre un cajoncito de peluche. Los ejércitos volvieron a colocarse en sus respectivas cajas, y así todos los muñecos ocuparon sus sitios y tomaron sus actitudes.

Chapete salió tranquilamente de detrás del aristón, y se volvió a su sitio, mirando a todos con aire de desafío y burla.

Sólo el bebé de mantillas no se había despertado y seguía roncando en silencio.

III

VOLTERETA

Había en el Bazar un perrito de fieltro que se llamaba Voltereta; era feo, muy feo. Por no sé qué causa, al fabricarle le habían puesto los ojos torcidos, el hocico exageradamente grande y las patas tan cortas, que parecía uno de esos perritos de lujo que, como sabéis, son los más feos del mundo.

Por esas circunstancias especiales, Voltereta era el «hazme reír» del Bazar. Los demás perros de trapo, el Elefante, el Oso, el Gato y el Conejo, despreciaban olímpicamente a Voltereta, y el pobrecillo estaba siempre solo y siempre triste.

Un día entró una señora con dos niños en el Bazar. Debían de ser elegantísimos; se veía en sus trajes y en que habían venido en automóvil. La niña pidió que le sacaran muñecas, y el niño dijo que quería bichos de trapo.

Aquellos niños, acostumbrados a tener los juguetes más caros del mundo, empezaron a criticar todo lo que veían.

—Hay que ver esa Pepona —decía la niña—, con ese pelo pintarrajeado y ese vestido de percal *demodé*, ¡qué ordinaria!

—Pues, ¿y ese automóvil mecánico? —añadía el niño—. ¡Apuesto a que no hace ni ochenta kilómetros por hora!

—¡Vaya una casa de muñecas! ¡Ni siquiera tiene teléfono!

Pero sus burlas y sus risas no tuvieron fin cuando distinguieron al pobre Voltereta.

—¡Qué facha! ¡Qué horroroso! ¡Vaya un chuchó!

—Debe de ser muy barato —dijo por último y como el mayor desprecio que podía lanzar el niño.

Al fin se fueron. La niña adquirió una muñeca tan alta como como ella, vestida con un traje de raso a la última moda, y que, además de cerrar los ojos, andar, cantar y bailar, decía *papá* y *mamá* en inglés, francés y esperanto.

El niño se llevó un tren rápido, directo hasta París, con *dining-car*, *sleeping-car* y no sé cuántos *cars* más.

Pero los muñecos habían oído sus burlas y sus insultos. La Pepona tenía los ojos llenos de lágrimas. Al Mecánico del automóvil le temblaba tanto el pulso por el dolor y la indignación, que a punto estuvo de atropellar a un pollito que picoteaba sobre el mostrador.

El Clown había perdido su sonrisa y tenía una mueca triste, y al General alemán le centelleaban los ojos y se le habían erizado los bigotes.

El único que estaba tan fresco era Chapete. A él le tenían sin cuidado las burlas y los desprecios de aquellos niños despiadados y orgullosos. Sin hacer caso de la muda indignación de sus compañeros, se acercó a Voltereta con el divertido propósito de tirarle de las orejas. Pero, al acercarse, vió que el pobre perrillo tenía el hocico entre las patas y sollozaba amargamente.

A Chapete le gustaba hacer maldades, pero le molestaba que otros las hiciesen. Al ver cuán hondamente habían mortificado al pobre Voltereta las burlas de los niños, sintió en el fondo de su pecho una cosa desconocida para él y que bien podía ser algo así como compasión.

Si quieres leer la preciosa continuación de esta estupenda aventura y no la encuentras en tu librería, escribe a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28, MADRID, pidiendo que te envíe CHAPETE RETA A PINOCHO, y remitiendo su importe (1,50 pesetas), y lo recibirás inmediatamente aunque vivas en América.